

familiarmente su brazo al rededor del ángel incauto.

—Infinito gusto me causa veros, decía le él, á vos tan hermosa, tan tierna, á vos á quien amo tanto tiempo hace.

Silvia le miró con asombro.

—Hablemos de él, de Alarico, dijo ella.

—Alarico, respondió el jóven, murió como un santo; y antes de mi partida del lugar, inmediato á Venecia, donde expiró, dí las órdenes y el dinero necesario para un entierro decente, y en paz descáñse! Por ahora, basta ya de pensar en los difuntos: pensemos en la vida, Silvia, en el amor, en la alegría, en la felicidad.

Y atrajo hácia sí á la jóven como para abrazarla.

—Señor, tartamudeó ella, vuestro porte es inexplicable.

—Pues nó hay cosa mas fácil de comprenderse. ¡Yo os amo! ¿qué culpa tengo en ello? Alarico, el difunto, tiene la culpa; pues tanto me ponderó vuestro donaire, vuestro talento, vuestra hermosura, que ha inflamado mis sentidos moviendo mi corazón. Achaque usted á él mi deseo irrevocable de teneros por mia.

—Yo pertenezco al difunto á cuya confianza faltais, no os escucharé nunca.

—Eso es lo que está por ver, ¡ingrata adorada!

Y acometió á la inocente criatura.

—¡Dejadme! dijo ella.

—No, no me iré.

—Ved que tengo un defensor.

—¿Cuál?

—El Espíritu del hogar.

—¡Ah, sí! he oido hablar de vuestras tontas supersticiones, de vuestras cándidas *utopías*, pero ya es tiempo de sanaros de ellas. Vamos viendo: si de veras os es fiel esa potencia del fuego, que se aparece y se oponga á mis deseos.

Y él encerró el talle de Silvia entre

sus brazos: mas la animosa jóven impelida en aquel momento de un ímpetu sublime de confianza y entusiasmo asió del hogar un tizon encendido. Su mano alabastrina, teniendo el leño que despedía mil partículas de llamas se semejava á la del ángel custodio que arrojó del paraíso perdido, blandiendo una espada flamígera, á los primeros humanos....

El vizconde retrocedió espantado con aquella arma improvisada; pero con la reflexión recobró la resolución y considerando que no arriesgaba mas que una ligera quemadura y que estaba demasiado adelantado él para cejar sin dar que reir:

—¡Ah, vida mia! con que quereis asarme como á un hereje, á mí que creo en vuestra beldad, en vuestra inocencia, en vuestro buen corazón: pues ya vereis que soy harto buen cristiano para no temer las llamas.

Y haciéndose á un lado evitó la arma tomada del hogar é iba á sujetar con sus robustas manos los puños delicados de mi vecina cuando un accidente inesperado complicó aquel lance nocturno....

El tabique que mediaba entre mi cuarto y el de Silvia cayó hecho pedazos á impulsos de un vigoroso empellon y yo me presenté delante de M. de Beaulieu, con dos pistolas en la mano, pálido como la muerte, grave y sereno como la abnegación. Nada seria capaz de expresar el pasmo que produjo mi presencia. Silvia parecia como aturdida á la vista de aquel defensor desconocido que llegaba á su amparo en el momento menos esperado: contemplábame absorta, con la boca medio abierta y sin hallar palabras con que expresar la impetuosa incoherencia de sus pensamientos. El conde de Beaulieu por su parte, á la vista de mis dos pistolas se contuvo, me miró friamente, y riéndose con acrimonia:

—Ahora bien, dijo; esto sí no es fantasmagórico, ya vamos entrando á marchas forzadas en la realidad. Usted es, me consta, un amante de carne y de hueso, perfectamente vivo y sin la menor traza de fantasma.

—Caballero, juro por mi honor, por Cristo, por el alma de mi madre, que esta es la segunda vez que entro en la casa de la señorita.

—Como Napoleon entraba en Viena, como en país conquistado....

—La vez primera, fué á presencia de todos los vecinos de esta casa, proseguí, á tiempo que se trataba de socorrer á un hombre, al mismo cuya amistad atropellais tan ligeramente. Hoy usted sirve de testigo, en momentos de tratarse de defender contra vuestros desmandamientos el honor de una mujer.

Silvia habia dejado caer el leño en el hogar.... y habiendo pasado ya el peligro, habia prorumpido en copioso llanto. No sé quién lo ha dicho: las mujeres no lloran sino después del peligro; es la lluvia después de la tempestad.

Tomó el conde de Beaulieu su sombrero, que habia puesto sobre una mesa; luego, echando una ojeada á un espejo, compuso con mucha calma el nudo de su corbata que se habia ajado un tanto: hecho esto, se dirigió hácia mí. Era heladamente político su acento, no arrugaba ya su frente la ira, habia recobrado la cortesanía y finura de todo hombre de trato y mundo, y aun casi casi se manifestó afectuoso.

—Caballero, me dijo en voz baja; ¡ya sabreis lo que nos queda que hacer?

—Caballero, contesté con la mayor atención, me teneis á vuestras órdenes.

—Son las doce, prosiguió mirando un primoroso juguillo de Breguet: temeria

yo, solicitando la honra de veros á las siete, que tuviéseis que madrugar.

—No os pareis por eso; á las siete en punto nos veremos.

—¿Con que en la puerta Maillot?

—No me haré esperar.

Hizo una seña con la mano el vizconde, inclinóse ante Silvia, y ausentóse luego con el desembarazo de un hombre que saliera de hacer una visita de pura política.

Yo permanecí solo con Silvia. ¡Solo con ella! ¡de noche! Con ella cuya imagen me acosaba de continuo.... ¡Con ella, mi divinidad, mi dios sobre la tierra, objeto único de todos los anhelos de mi alma!

Lloraba ella.... ella sollozaba.... y yo veia correr sus lágrimas, líquidos diamantes que la flama devoraba chispeando, y yo oia sus sollozos cuyo rebote me desgarraba el alma, sin atreverme á llegarme á ella, pues no tenia yo derecho de consolarla....

De pronto se levantó ella, clavó en mí sus hechiceros ojos y me dijo:

—Y vos, ¿quién sois?

—Yo, yo soy vuestro vecino.

—¿Mi vecino?... Bien, ¿y qué? ¿Qué haceis aquí?... ¿Por qué me perseguís?... ¿No veis que él es zeloso y que en su palacio fosfórico despide á manera de suspiros sus partículas de llama á la brisa?

Pobre Silvia, acometíale su manía..... Su tierna inteligencia, en lucha con el dolor, cedia bajo el rigor de este.

—Cuidado, dijo; si no os retirais os devora la llama. ¡Ya visteis, no es verdad, cómo vino enantes en mi auxilio?... ¡Oh! es que ahí está él, el Espíritu, ¡el espíritu puro!

Y soltóse ella riendo á carcajadas, con una risa fatal, risa luciferina, risa de condenada.

—¡Oh! ¡el fuego! ¡el caro fuego! ¡me co-

noce, me ama, me protege, él es mi defensor! ¡Oh amorosa y tierna esencia, llama celestial, ser amado de mi corazón!

Y Silvia diciendo así se adelantaba hacia la llama, y se hubiera sin duda alguna abrasado á no haberla yo detenido asíéndola de la bata.

—¿Qué intentais? díjome; ¿quereis impedirme de reunirme con él? ¡dejadme, dejadme!

La insensata hacia formidables esfuerzos por llevar á efecto su propósito.

—¡Infeliz! le grité, ¿os vais á quemar!

—Y ¿qué? Las viudas de la India, ese país del sol, ¿no se queman por ventura sobre la tumba de sus esposos? Él era mi esposo, mi padre, mi amante, mi defensor; ¡pero ha muerto! ¡Oh, oh! ¿qué dolor! ¡Muerto, y tan lejos de mí!

Al pronunciar estas palabras cayó en mis brazos, pálida, inanimada.... Llévela á su lecho.... frótele con vinagre las sienes..... vértile sobre la frente una poca de agua fría.... Luego me arrodillé al pie de su cama, y pedí fervorosamente á la Madre de los ángeles, á la Madre del dolor que tomase bajo su amparo aquella criatura destinada tan tierna al infortunio y que le concediese algunas horas de sueño.

Por la muerte de vuestro hijo, expirando en la cruz, decía yo, por la memoria de las penas humanas que habeis sentido llorando por aquel Dios ensangrentado, mártir sublime, de cuyas venas ha salido regenerada la humanidad, apiadaos, apiadaos de esa débil flor que las tempestades agobian y que yo soy impotente para proteger.

No bien hube acabado mi invocacion cuando advertí por la regularidad de la respiracion de la adorada criatura, que se habia ella dormido. Dí gracias á la Intercesora del humano linaje y me retiré poco á poco y de puntillas. El dia siguiente ocurrió á la puerta Maillot, en com-

pañía de dos condiscípulos míos. M. de Beaulieu, que no tardó en llegar tambien allí, llevaba igualmente sus padrinos.

—Caballeros, dije, inútil es que tratemos de entrar en reflexiones: riñamos.

—Eso no seria regular, objetó Lionel de Virille que era uno de mis padrinos; pues los testigos á un desafío tienen sus deberes para con la sociedad, como el juez de la oportunidad de un combate, y deben indispensablemente imponerse de la causa que le ha provocado, aunque no sea mas que para saber quién es el ofendido.

—¡Oh, Dios mio! exclamé, dad por supuesto que yo soy el agresor, y adelante.

—No atino yo, dijo uno de los padrinos del vizconde, en qué consiste esa resistencia á evitar que nos entendamos....

—Señores, respondí, ¿está de por medio la reputacion de una mujer!

—¡Una mujer! dijo Virille; ¡qué majadería! ¡reñir por una mujer! ¡La vecina, cuando menos! ¡Una chica que tenia un estudiante por amante!

—Virille, le dije, ¿con que tú tambien eres injusto y cruel? ¿tú, tú en quien yo creia ver un amigo?

—No, repuso él; quiero creer que tu salamandra sea pura como el elemento que venera ella, pero pienso que no estás en el caso de saltarte por ella la tapa de los sesos.... ¡Una riña de amor! sí, sí, eso es. Nos negamos á que tenga otras resultas el lance.

—Del mismo parecer somos nosotros, repusieron los padrinos del vizconde.

M. de Beaulieu, que hasta entonces no habia chistado, dirigiéndose hácia mí:

—Caballero, me dijo, yo soy el ofendido: yo soy quien solicitó ayer la honra de esta entrevista. Hoy, después de serias reflexiones he conocido que yo tenia mucho que reprenderme. ¡Qué diantre! yo no debia darme por ofendido de la fortu-

na del primer dueño... Estaba yo sitiando una ciudadela de amor, encontré guarnicion en ella..... ¡ya no hay que decir! Desisto de muy buena voluntad del desafío.

No respondí al pronto á esta propuesta de reconciliacion, hecha con el acento y el aspecto mas alegre, sino que me dí prisa á quitarme los guantes.... Luego que hube concluido esta ocupacion, bastante trivial en apariencia, tomé uno de aquellos y tirésele á la cara á M. de Beaulieu.

—¡Sois un cobarde! le dije.

Púsose lívido el vizconde: no parecia sino que el guante habia dejado una señal verde en el lugar del carrillo donde habia dado....

—Basta, dijo. ¿Vuestras armas?

—Elegid.

—Pues la pistola.

—Pistola, bien....

—Señores, despachémonos; medid la distancia.

Contáronse veinticinco pasos: habiamos de tirar caminando ambos á encontrarnos. De Virille debia dar la señal dando tres palmadas y diciendo "uno, dos, tres."

A la primera palmada pensé en mi padre, pobre anciano que no tenia mas apoyo que yo y cuya vejez seria triste y solitaria.... A la segunda palmada pensé en la muerte, en Dios, en el cielo, adonde habia subido tiempo hacia mi madre, á despecho de nuestra afliccion y nuestro llanto.... A la tercera palmada pensé en Silvia, y tanto me enajenó esta deliciosa preocupacion, que ya me habia herido la bala de mi adversario antes que mi dedo hubiera atinado á apretar el gatillo de mi arma.

Dí dos ó tres pasos, cayóseme la pistola de las manos, saltó la sangre con fuerza por encima de mi camisa, y buscando yo un punto de apoyo para reclinarme, caí sin sentido en los brazos de Virille.

Después me contaron lo que habia pasado. El vizconde se precipitó sobre mí, desesperado de haberme apuntado bien.

—¡Dios mio! exclamó, tú eres testigo de que he hecho cuanto he podido por excusar esta desgracia.

—Señor vizconde, le dijo Virille, tenemos la fortuna de haber presenciado que en esta triste ocurrencia os habeis conducido segun todas las leyes del honor y que no tenemos motivos sino de elogiar vuestra cortesanía.

—Ya que vosotros no teneis un coche de providencia, agregó el vizconde, el mio está aquí: permitidme que le ponga á disposicion del herido.

—Condujéronme en el coche de mi adversario y á la media hora, Flavia, estaba yo acostado en mi cama, y estaba ya vendada mi herida.... La bala habia atravesado los huesos de las costillas y ocasionado graves estragos en la region interior del cuerpo.

—Señores, habia dicho el facultativo, esto es de mucho cuidado; se necesita para salir bien una constitucion muy fuerte.....

Mientras yo vertia de esta suerte mi sangre por la criatura cuyo juicio padecia tan extraños sacudimientos, no se hablaba en toda la casa mas que de los sucesos romancescos de que se habia originado el desafío. El lance nocturno, la rotura del tabique, la herida que yo habia recibido, todo fué minuciosamente glosado.

—¡Ved la mosquita muerta, decía uno, cómo tiene sus campeones!

—Era su enamorado, decía este.

—Era su galan que la sostenia, decía aquel.

—¡Y los regalos se los achacaban al Espíritu del hogar, decía el de mas allá!

De esta manera la voz pública, aprovechándose de una accion que debia probar el interés legítimo merecido por una po-

bre joven, servíase de él para quitarle el crédito.

Habíase me prescrito el mayor sosiego: no debía hacerse ningun ruido y el facultativo habia encargado que no se trabajase en la reparacion de mi tabique, dando por motivo que los martillazos producirian en mi enferma cabeza el mas terrible efecto.

El mismo dia del suceso, Silvia por la suma indiscrecion de Matiana, supo toda mi sentimental historia: aquel amor sereno y paciente que se sustentaba de sacrificios; aquella casta y fraternal comunicacion que se mantenía por medio de una hendedura hecha en la pared; aquellas piezas de oro introducidas en el hogar por cuenta de la divinidad del fuego; aquellos regalos acompañados de recibos pagados y que nadie habia dicho quién los enviaba; aquel canto místico apuntado por mis afanes y silbado como una señal en las horas en que era necesaria la vigilancia; todo le fué revelado, explicándose los hechos unos con otros y disipándose así para siempre la nube fantástica que los hacia enigmáticos.

La brecha causada por el roto tabique fué cubierto con una cortina: de esta suerte vino á quedar cada cual en su casa.

IV.

Una noche desperté de un sueño pesado y fatigoso: estaba muy entrada la noche y el cielo ostentaba con ufanía sobre un fondo azul su trasparente estrellada vestidura..... La luna, cual protectora divinidad, habia despedido contra mi ventana sus rayos mas apacibles y los relámpagos de ópalo habian plateado con su amorosa luz la muselina de mis cortinas.

Era la hora, Flavia, en que se duerme la abeja en el seno de las rosas, cuando el cierzo es frio y está distante el enjambre;

era la hora en que los enamorados silfos¹ llegan á gemir á la ventana de las bellas damas de este mundo, en que los espíritus del aire van á espejarse en el oro luminoso de los planetas, en que el recuerdo, esta flor del alma, viene á purificar los corazones que padecen.

Admiraba yo en la celeste bóveda todo un ejército de nubes blancas que suben siempre, y se persiguen unas á otras tomando para sí de cada estrella algun reflejo de su brillante vestidura. De repente mi mirada fatigada se bajó hácia la tierra, y en medio de un círculo de luz percibí una figura móvil, un ángel que oraba de rodillas.

(Continuará.)

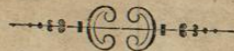
CONSEJO PROVECHOSO
PARA LOS HOMBRES

QUE CONCURREN A BAILES.

Si os sucediese que una señora se excusase cortésmente de bailar con vos, y luego la viéreis bailando con otro caballero, no deis á conocer que lo advertís ni os mostreis ofendido con ella. Muy bien pudiera ser que la señora lo hiciera, no por despreciaros ó desluciros sino porque le fuera mas grato ó mas conveniente bailar con otro. No siempre es dable penetrar los motivos ocultos que influyen en las acciones de una mujer, y hay muchos corazones que padecen debajo de los vestidos de raso y tul: por lo tanto, no insistais en el cumplimiento de las reglas establecidas, llevándole al rigor. Además, considerad que es dura cosa que se obligue á las mujeres á bailar con cualquiera y todos los que la soliciten para ello so pena de no poder en la absoluto disfrutar del baile.

1 Duendes: espíritus del aire.

MISCELÁNEA



EL GALLINERO.

Conviene que el GALLINERO no esté en paraje muy frio, porque el frio entume las gallinas y disminuye la postura; tampoco muy caliente, porque el calor cuando es muy fuerte las debilita, ni tampoco muy bajo de techo, ni corto, porque las miasmas de sus excrementos los entibia y las hace mas difíciles de criar.

Debe ser amplio y vasto para alojar cómodamente las gallinas destinadas á vivir en él; sin embargo, tampoco deben ser sus dimensiones muy grandes, porque las gallinas separadas por grandes distancias ponen poco: al contrario sucede cuando están reunidas en un espacio regular, porque se calientan, se sostienen y ecitan á poner.

Debe situarse al oriente y á corta distancia de la casa, y estar á la altura de una tercia del suelo. Las paredes han de ser gruesas, deben estar blanqueadas, deben no tener hendiduras ni agujeros que puedan dar entrada á los enemigos de estas aves. Un techo sobresaliendo de las paredes las guarece del agua y de la humedad; arriba de la puerta que sirve de entrada debe haber una abertura por donde entren y salgan las gallinas; dos ventanas circulares situadas una al oriente, otra al poniente, guardecidas de un alambrado menudo dan paso al aire; estas ventanas se tendrán abiertas en verano y cerradas en invierno.

En los ángulos interiores á distancia de diez ó doce pulgadas se colocan los dormideros, que serán unas perchas cuadra-

das y atravesadas sobre otras. En los espacios intermedios están colocados los nidos cubiertos con una tabla para guarecer las gallinas que los ocupan de los excrementos de las demás, y procurarles el descanso que necesitan. Estos nidos son comunmente unas medias canastas, llenas de *sacate* ó paja machacada y puestos de modo que los huevos no se rompan. El GALLINERO debe tener tambien una vasija ó batea grande con agua, la cual ha de mudarse diariamente. La limpieza es muy necesaria en un GALLINERO: diriamente deben lavarse los dormideros, los nidos y las bateas en que se les da el alimento y el agua. Es muy conveniente tambien de cuando en cuando, á la hora que todas las gallinas hayan salido, quemar un poco de paja ó *sacate*, para que se renueve el aire y mueran los insectos que pueda haber, y se deja la puerta y ventanas abiertas: tambien después de barrido el suelo, se cubrirá de una arena menuda ó paja molida.

Un GALLINERO debe tener á mas de lo que se indicó, en clase de accesorios: 1º una tabla llena de arena y ceniza en donde se revuelquen las gallinas; 2º un agujero lleno de estiércol de caballo en el cual busquen en la mala estacion, grano y gusanos; 3º algunos cuadros de yerba donde puedan pacer y divertirse; 4º algunos árboles frutales como morales y capulines; 5º un lugar cubierto para que se abriguen cuando llueve; 6º una batea cubierta con una tabla agujereada, llena de agua para que beban los pollitos, y 7º un corral am-